



#158

JULIO
AGOSTO
SEPTIEMBRE
2025



Homilías

P. Antonio Rivero, L.C. | Sacerdos

25 años

LOGOS | CENTRO SACERDOTAL

www.centrologos.org

*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.

DÉCIMO CUARTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Is 66, 10-14c; Gal 6, 14-18; Lc 10, 1-12.17-20

DÉCIMO QUINTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Deut 30, 10-14; Col 1, 15-20; Lc 10, 25-37

DÉCIMO SEXTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Gn 18, 1-10a; Col 1, 24-28; Lc 10, 38-42

DÉCIMO SÉPTIMO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Gn 18, 20-21.23-32; Col 2, 12-14; Lc 11, 1-13

DÉCIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Qohelet 1, 2; 2, 21-23; Col 3, 1-5.9-11; Lc 12, 13-21

DÉCIMO NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Sabiduría 18, 3.6-9; Heb 11, 1-2.8-19; Lc 12, 32-48

VIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Jr 38, 4-6.8-10; Hb 12, 1-4; Lc 12, 49-53

VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Is 66, 18-21; Hb 12, 4-7.11-13; Lc 13, 22-30



VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Eclesiástico 3, 19-21.31.33; Hbr 12, 18-19.22-24a; Lc 14, 1.7-14

VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Sap 9, 13-18; File 9b-10.12-17; Lc 14, 25-33

VIGÉSIMO CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Ex 32, 7-11.13-14; 1 Tm 1, 12-17; Lc 15, 1-32.

VIGÉSIMO QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Amós 8, 4-7; 1 Tim 2, 1-8; Lc 16, 1-13

VIGÉSIMO SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Amós 6, 1a. 4-7; 1 Tm 6, 11-16; Lc 16, 19-31

VIGÉSIMO SÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4; 2Tm 1, 1-8. 13-14; Lc 17, 5-10

VIGÉSIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: 2 Re 5, 14-17; 2 Tim 2, 8-13; Lc 17, 11-19



DÉCIMO CUARTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Is 66, 10-14c; Gal 6, 14-18; Lc 10, 1-12.17-20

Idea principal: Retrato del *misionero cristiano*.

Síntesis del mensaje: Cristo en el evangelio de hoy da unas consignas concretas a esos 72 discípulos para su misión evangelizadora. Son consignas que parecen calcadas de las bienaventuranzas: humildad, espíritu de pobreza, actitud de paz, aceptación de las persecuciones. Estas mismas consignas valen para todos los misioneros de ayer, de hoy y de siempre.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿qué debe llevar el misionero cristiano? ¿Cuál es el kit del misionero? Lo esencial. Cristo no se conforma con los doce apóstoles. Ahora elige y envía a otros setenta y dos, de dos en dos, a prepararle el camino. Y hoy Cristo sigue llamando ahora a muchos cristianos, sucesores de esos 72 –sacerdotes, misioneros, religiosos, padres, educadores, cristianos comprometidos, testigos de Cristo en medio del mundo, laicos que participan en los varios consejos y equipos parroquiales o diocesanos. Quiere que colaboremos en la obra de la evangelización de la sociedad, pues la mies es mucha y la secularización se extiende por doquier, sembrando la cultura y globalización de la indiferencia y del descarte. ¿Qué llevar? Lo esencial. Los apóstoles no tenían Cajas de

ahorro ni tarjetas de crédito para meter y sacar dinero. ¿Qué llevar, entonces? Unas *rodillas* para rezar y pedir al dueño de la mies que mande más obreros a su mies. Unos *pies* ágiles para recorrer todas las periferias de los pueblos y ciudades. Una *boca* para anunciar el mensaje con decisión, entusiasmo, convicción, respeto y amor, sin miedo ni cobardías. Un *corazón* lleno de fervor y amor por Jesús y su Reino. El resto –dinero, comida, sandalias...corre a cuenta de la Providencia divina. Cristo quiere a sus misioneros pobres, de vida sobria, mantenernos libres de intereses y posesiones y así estar más disponibles para la tarea más fundamental: anunciar su Reino. Este es el sentido de los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia de los religiosos. Los misioneros de Cristo deben sentirse peregrinos, no instalados cómodamente en posiciones conquistadas. ¿Qué llevó san Francisco Javier cuando fue a las Indias? ¿Qué llevaron los primeros misioneros que fueron a la Nueva España en las carabelas de Colón? ¿Qué llevó Francisco de Asís? ¿Qué trajeron a las tierras de Santa Cruz (Brasil) las monjas y religiosos que vinieron de España, de Italia, de Alemania, de Portugal?

En segundo lugar, ¿qué debe anunciar el misionero cristiano? Primero, desear la paz. Y después anunciar este mensaje: “*está cerca de vosotros el Reino de Dios*”. Los conquistadores



cuando llegan a un lugar no llevan la paz, sino el ansia de conquista, incluso con la espada, si es necesario. Los mensajeros del evangelio, en cambio, llevan la paz. Por eso carecen de medios violentos. La paz significa satisfacción de las aspiraciones más profundas del hombre. Cristo, gracias a su misterio pascual, nos hizo partícipes de su paz: paz con Dios, la paz de las conciencias y la paz entre las personas. Dios quiere que todos sus hijos vivan en la paz, en la alegría y en el amor. Dios está lleno de ternura y nos invita a la exultación, al gozo, pues la palabra *Shalom* no significa sólo ausencia de conflictos, sino también abundancia, consuelo, caricia y prosperidad (1ª lectura). Pablo desea siempre “gracia” y “paz” al inicio de sus cartas. Las dos van juntas. La “gracia” es el amor gratuito de Dios, que se nos ha dado por medio de Jesucristo y nos trae la “paz”. Primero la paz con Dios y, a continuación, la paz en nuestro interior, en nuestra conciencia, y la paz con todos los hombres, que, en cuanto hijo de Dios, tienen derecho a nuestro amor. Y el Reino que debemos anunciar es el reino de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz, de cercanía y ternura.

Finalmente, ¿cómo debe reaccionar el misionero cristiano delante de los contratiempos? Es verdad que en algunas partes seremos bien recibidos: gentes que nos escucharán con agrado, que abrirán el corazón al mensaje, que nos hospedarán en sus casas, que nos ayudarán, que nos apoyarán y animarán. Muchas veces también tendremos éxitos y triunfaremos de los poderes del mal. Pero también habrá lobos: materialismo sin alma, indiferencia, relativismo, hedonismo cúlrico al cuerpo, secularismo sin espíritu, agnosticismo, ateísmo sin Dios. Puertas que se nos cierran. Habrá días que sentiremos el desaliento, el cansancio, el hastío. Gente que nos criticará. Cultura e idiomas nuevos y

tan distintos a los nuestros. Fracasos. Cristo nos marcará con sus estigmas, como hizo a Pablo de Tarso (2ª lectura), a san padre Pio de Pietrelcina y a san Francisco de Asís. Cristo no nos promete que siempre seremos acogidos y que nos va a resultar fácil nuestro testimonio de vida cristiana. ¿Qué hacer? Tanto a unos como a otros tenemos que anunciarles ese mensaje: *“de todos modos, sabed que está cerca el Reino de Dios”*. Y siempre con mansedumbre y misericordia, no con violencia. Si nos rechazan, no tendríamos que intentar tomarnos la justicia por nuestra mano, condenando a derecha y a izquierda, como querían hacer esos apóstoles pidiendo caer del cielo fuego y castigo sobre los que no les recibieron (domingo pasado). Sembrar, sembrar, sembrar. El resto, que lo haga el Espíritu Santo.

Para reflexionar: ¿Estoy preparado para ser misionero de Cristo? ¿Qué llevo en la talega de mi corazón: oro y plata, o el amor a Cristo y el ansia de extender su Reino por todas partes? ¿Me desanimo rápido ante las dificultades de la evangelización? ¿O al contrario, me crezco y confío en la fuerza del Espíritu Santo, como los primeros apóstoles, que predicaban con osadía y valentía?

Para rezar: recemos esta oración de los Claretianos:

*Haz, Señor, que los Misioneros
Hijos del Inmaculado Corazón de María
seamos hombres que ardamos en caridad
y que abrasemos por donde pasemos.
Que deseemos eficazmente y procuremos por
todos los medios posibles
encender a todo el mundo en el fuego del divino
amor.
Que nada ni nadie nos arredre.
Que sepamos gozarnos en las privaciones,
abordar los trabajos, abrazar los sacrificios,*



REGRESAR al
Índice

*complacernos en las calumnias que nos
levanten,
alegrarnos en los tormentos y dolores que
suframos
y gloriarnos en la cruz de Jesucristo.
Que no pensemos sino en cómo seguir
e imitar más de cerca a Jesucristo
en orar, trabajar y sufrir
y procurar siempre y únicamente la mayor gloria
de Dios y la salvación de las almas.
Amén*



DÉCIMO QUINTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Deut 30, 10-14; Col 1, 15-20; Lc 10, 25-37

Idea principal: La *caridad misericordiosa* es el distintivo propio del cristiano.

Síntesis del mensaje: Hoy nos sorprende este evangelio de Lucas sobre el buen samaritano, que recoge todos los rasgos de la *caridad misericordiosa*, predicados y vividos por Cristo durante su vida terrena, para que también nosotros le imitemos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, fijemos la atención en el *sacerdote* que pasa de largo. ¿Cuál era la función o ministerio del sacerdote -en hebreo *kún*- del Antiguo Testamento? Es el hombre que “*está delante de Dios*” (Dt 10,8). También el sacerdote sería el hombre que se inclina en adoración ante la divinidad. Otros todavía relacionan el término con una raíz atestiguada en siríaco, que expresa el concepto de prosperidad; el sacerdote es el hombre que, por medio de la bendición, procura la prosperidad para todos. En griego, *kohen* ha sido traducido por *hiereús*, término emparentado con *hierós*, sagrado: el sacerdote es el hombre de lo sagrado. Resumiendo sus funciones: hacer oráculos por medio de objetos sagrados llamados *tummim* y *urim* (cf. 1Sam 23,9; 30,7) enseñan los preceptos de Dios (cf. Ag 2,11s; Zac 7,3; Dt 31,9; Mal 2,7); a la función de la enseñanza va ligada también una cierta competencia jurídica (cf. Dt 21, 5); otra función, ofrecer los sacrificios

(cf. Dt 33,10); pureza ritual, y por eso debían evitar todo contacto que les volviese impuros (basta leer el libro del Levítico), transmitir la bendición de Dios y la custodia del Santuario. Ahora entendemos cómo fue gravísima a los ojos de Dios la omisión de este sacerdote ante ese hombre tirado y apaleado en el camino y a punto de morir. Nada hizo por socorrerlo. Sus ojos cerrados por egoísmo. Su corazón petrificado por el legalismo. Sus manos esclerotizadas por el peso de tantos candelabros. ¿De qué servían sus rezos sin caridad misericordiosa? ¿De qué le servían sus abluciones y lavatorios sin caridad misericordiosa? ¿De qué le servían sus inciensos olorosos en el templo, si no supo ver la imagen de Dios herida en ese prójimo que agonizaba y que olía a injusticia, abuso? “*De nada sirve*”, nos dirá san Pablo en el famoso himno de la caridad (cf. 1Cor 13, 1- 13).

En segundo lugar, fijemos la atención en el *levita* que también pasa de largo. ¿Qué función realizaba el levita? En Israel las funciones culturales fueron confiadas a los levitas, competencia especial para el culto (cf. Jue 17,7-13). También, actuaban como guardianes del templo y de las diversas ceremonias y ofrendas que tenían lugar en él. Los levitas oficiaban el servicio de la mañana, ofrecían la bendición al final del servicio -como portavoces directos de Yahvé- y pedían la influencia divina de su dios.



Ellos eran criados dentro del templo, ayudando a otros sacerdotes, y se desempeñaban como guardianes del tabernáculo. Dado que se sacrificaban muchos animales como ofrendas en el templo, ellos realizan estos sacrificios. Se esperaba que los levitas sintieran celo por el Señor, hasta el punto de sacrificar cualquier derecho sobre una propiedad o posesión de tierras. Como representantes de Yahveh, o “Cohen” en hebreo, debían demostrar ciertas características piadosas como la bondad, la sabiduría y la justicia. Ahora se entiende la gravedad de la omisión del levita en este evangelio de hoy: vio al hermano tirado, herido, medio muerto, pero pasó de largo. ¿De qué sirve la piedad sin la caridad? ¿De qué sirve la sabiduría sin la caridad? ¿De qué sirve abrir y cerrar puertas de los templos y encender velas a los santos y ofrecer exvotos y hacer peregrinaciones a pie y flagelarse, e imponerse ayunos y abstinencias fuertes, sin la caridad? De nuevo nos responde san Pablo: *“De nada sirve”*.

Finalmente, fijemos la atención en el *buen samaritano*. ¿Qué y quién era un samaritano? Los samaritanos (habitantes de la ciudad y región de Samaria), no eran bien vistos por los judíos del sur, debido a ciertas diferencias raciales que provenían desde la época del primer cautiverio. Aunque eran hebreos, eran menospreciados y considerados como hebreos extranjeros, o hebreos de segunda clase, por los que eran de Judá (al sur). Y porque se mezclaron con los extranjeros que habían traído de Asiria y Babilonia, eran tenidos como mestizos y racialmente impuros. Además, adoptaron una religión que era una mezcla de judaísmo e idolatría (2 Re 17, 26-28). Más motivos de odio contra los samaritanos: los judíos, después de su regreso de Babilonia, comenzaron a reconstruir su templo, y mientras Nehemías estaba comprometido en la construcción de los muros

de Jerusalén, los samaritanos vigorosamente intentaban detener la empresa (Nehemías 6, 1-14); y ellos mismos construyeron un templo para ellos mismos en el “Monte Gerizim”. Más, Samaria se convirtió en un lugar de refugio para todos los forajidos de Judea (Josué 20, 7; 21, 21). Y el colmo: los samaritanos recibieron solamente los cinco libros de Moisés y rechazaron los escritos de los profetas y todas las tradiciones judías. Ahora entendemos todo el odio, el desprecio de los judíos hacia esa raza. Y sin embargo, el samaritano del evangelio, ¿cómo reaccionó ante el pobre judío maltrecho y medio muerto por la paliza propinada? Vio a ese hombre. Sintió compasión por él. Y sacó de su corazón gestos de la *caridad misericordiosa*: se acerca, baja del jumento, le derrama vino y aceite en las heridas, las venda, lo monta sobre la cabalgadura, lo lleva al mesón, paga por él. Caridad que no desemboque en detalles concretos no es caridad misericordiosa; será a lo más, filantropía.

Para reflexionar: San Agustín nos hace reflexionar sobre esta parábola. Quien está tirado y apaleado al borde del camino es la humanidad toda. Los tres grandes enemigos del hombre –mundo, demonio y nuestras pasiones– son los que nos dejan medio muertos. Cristo es el Buen Samaritano que bajó del cielo y se acercó a nosotros, poniéndonos el bálsamo de sus sacramentos, llevándonos al mesón de la Iglesia y pagando con su sangre el precio que exigían tantos cuidados. ¿En cuál personaje nos reflejamos: sacerdote, levita o samaritano?

Para rezar:

*Señor, no quiero pasar de lejos
ante el hombre herido en el camino de la vida.
Quiero acercarme
y contagiarme de tu compasión
para expresar tu ternura,
para ofrecer el aceite que cura heridas,*



el vino que recrea y enamora.

*Tú, Jesús, buen samaritano,
acércate a mí,
como hiciste siempre.*

*Ven a mí para introducirme en la posada de tu
corazón.
acércate a mí,
herido por las flechas de la vida,
por el dolor de tantos hermanos,
por los misiles de la guerra,
por la violencia de los poderosos.*

*Sí, acércate a mí,
buen samaritano;
llévame en tus hombros, pues soy oveja
perdida;
carga con todas mis caídas,
ayúdame en todas mis tribulaciones,
hazte presente en todas mis horas bajas.*

*Ven, buen samaritano,
y hazme a mí tener tus mismos sentimientos,
para no dar nunca ningún rodeo
ante el hermano que sufre,
sino hacerme compañero de sus caminos,
amigo de tus soledades,
cercano a tus dolencias,
para ser, como Tú, “ilimitadamente bueno”
y pasar por el mundo “haciendo el bien”
y “curando las dolencias”. Amén.*



DÉCIMO SEXTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Gn 18, 1-10a; Col 1, 24-28; Lc 10, 38-42

Idea principal: La *hospitalidad* es virtud fruto de un corazón caritativo y misericordioso, y al practicarla, entramos en contacto con Dios.

Síntesis del mensaje: *“No olvidéis la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”* (Hebreos 13, 2). Así pues, la hospitalidad no siempre es sólo para los de la familia en la fe, sino también para aquellos que no lo son. Es fácil ser hospitalario con aquellos que conocemos –familiares y amigos–, pero Jesús dijo: *“Si amáis a los que os aman. ¿No hacen también lo mismo los publicanos?”* (Mt 5, 46). Debemos brindar hospitalidad como un feliz privilegio, no como una carga (1 Pe 4, 9). ¿Dios nos hospedará? El salmo pregunta: *“Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?”*. Y da la respuesta: el que practica la justicia, el que no calumnia, el que no hace mal a nadie, el que no practica la usura.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, *Abraham es ejemplo de hospitalidad* (1ª lectura). En los hogares orientales se debía la hospitalidad, aun para forasteros desconocidos. El huésped podía gozar de esta hospitalidad sin la más mínima obligación de pago. La Biblia está llena de ejemplos de hospitalidad. En su defensa, Job alegó que siempre había estado atento a las necesidades de los viajeros (Job 31, 31- 32). Lot acogió a dos de ellos, sin saber, al principio,

que eran ángeles (19, 1-3). Tan seriamente consideraba su obligación hacia sus huéspedes, que para protegerlos estuvo dispuesto a sacrificar la pureza de sus hijas (Gn 19, 4-8). Los israelitas recibieron la orden de proteger a los extranjeros y ser hospitalarios con ellos (Lv 19, 33, 34). San Pablo habría tenido estos incidentes en mente cuando aconsejó a los cristianos a ser hospitalarios, porque al serlo, sin saber algunos habían hospedado a ángeles (He 13, 2). Eliseo y su criado eran huéspedes frecuentes de una mujer sunamita, que finalmente hizo construir una habitación para él (2 R 4,8-10, 13). Y hoy nos sale el ejemplo de hospitalidad de Abraham. Es la escena que inmortalizó el pintor ruso Andréi Rublev con su ícono trinitario, junto a la encina de Mambré. Abraham tiene con ellos todos los cuidados que una hospitalidad oriental puede pensar: agua para los pies, descanso a la sombra, un pan recién amasado, un buen plato de carne, leche cuajada... Los visitantes le agradecen la hospitalidad prometiendo al anciano matrimonio que van a tener un hijo. Dios se muestra generoso con quien es hospitalario.

En segundo lugar, *la familia de Betania es también ejemplo de hospitalidad* (evangelio). La vida apostólica de Jesús es agotadora. Por eso sabe tomarse un descanso y tocar en la puerta de amigos, gozar de la sana amistad y de la hospitalidad de esta familia de Betania. Cada



una de las hermanas le regala cosas distintas y complementarias. Marta, buena ama de casa, es más activa, preocupada por ofrecer a su huésped una comida digna. ¿Quién no hubiera hecho esto? María prefiere estar sentada a los pies del Señor, escuchando sus palabras. Sabemos lo que pasó: Marta se queja y Jesús deja bien claro el primado de la oración y de la escucha, pero sin despreciar la acción hospitalaria de Marta, tan necesaria. Hay dos modos muy distintos de acoger a Jesús como huésped: está el modo activo de Marta, que se preocupa de hacer un montón de cosas por Él; y está el modo sereno de María, que le acoge poniéndose a sus pies para escucharle. Jesús nos dice que esta segunda manera es más importante. A un huésped se le honra mejor escuchándole atentamente. Y Jesús no es cualquier huésped. Él es la Palabra del Padre. Palabra que instruye y anima. Palabra que fortalece y sostiene. Palabra que interpela y corrige. Importante, pues, darnos tiempo todos los días en la oración para acoger en el corazón a este Huésped-Palabra, escucharle, dialogar con Él. Pero, y es curioso, Jesús entra como huésped y termina como anfitrión, habiéndonos llenado el alma de ánimo para comunicarlo a nuestros hermanos, invitándonos a acoger a tan digno huésped divino. Actividad, sí; no activismo y ajetreo loco. Contemplación, sí; no ensimismamiento ni huida de la realidad. El ejemplo nos lo da el mismo Cristo. ¿Su horario? Oración en la mañana y en la noche; y durante el día, dedicación apostólica.

Finalmente, nosotros debemos también ser ejemplos de hospitalidad con nuestros hermanos. En un mundo tan inhóspito y que facilita tan poco la comunicación cara a cara, por varias causas, una de las cuales son los instrumentos que llevamos en el bolsillo: teléfono, whatsapp, etc., nos urge reconquistar este valor. ¿A quién debemos ofrecer hospitalidad? A todos los que pasen a nuestro lado y que vengan con buenas intenciones. ¿Por qué debemos

ser hospitalarios? Porque es a Cristo a quien acogemos en la persona de nuestro hermano. ¿Para qué debemos ser hospitalarios? Para imitar a Cristo, para recibir toda clase de bendiciones de arriba y, sobre todo, recibir de Él su abrazo en el cielo, cuando nos hospede al final de nuestra vida terrena. ¿Cómo debe ser nuestra hospitalidad? Gratuita, respetuosa, atenta, generosa, sincera. ¿Cuáles serían algunos detalles de hospitalidad para nosotros? Nos responde el salmo de este domingo: practicar la justicia, no calumniar ni difamar, no hacer mal a nadie, no practicar la usura. Las lista de detalles puede prolongarse: estar abierto a la escucha de ese hermano que nos habla, darle un pedazo de nuestra conversación positiva y motivadora, saber comprender los defectos evidentes, echarle una mano en algo que necesita, acoger con bondad a quien toca la puerta de nuestra casa. El encuentro con el hermano es un encuentro con Dios. Es como una “teofanía”: el Señor se nos apareció. Tal vez llevaremos una sorpresa cuando el Juez, Cristo Jesús, nos diga al final: “*a Mí me lo hicisteis*”.

Para reflexionar: ¿Tengo un espíritu acogedor, hospitalario? ¿O tengo bien trancada la puerta de mi casa y de mi corazón? ¿Tengo la escucha de la Palabra como prioridad en mi vida, antes de toda actividad doméstica, acción caritativa o de promoción humana? ¿Sé compaginar las dos cosas: la acción caritativa y la oración contemplativa?

Para rezar: *Jesús, cuántas veces he dejado a un lado mi oración para darle vuelo a mi imaginación: programando, planeando los grandes proyectos que podría llevar a cabo, pero olvidando que lo único que puede garantizar el éxito apostólico es que Tú seas la parte central de cualquier esfuerzo. Permite que nunca olvide que mi misión proviene de tu inspiración, que inicia y se sostiene sólo con tu gracia, que desde el principio y hasta el final todo debe ser por Ti y para Ti.*



DÉCIMO SÉPTIMO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Gn 18, 20-21.23-32; Col 2, 12-14; Lc 11, 1-13

Idea principal: Nuestra línea telefónica y nuestro *whatsapp* con Dios es la *oración*, que debe ser confiada, perseverante, humilde e intercesora. El *Wi-Fi* de Dios está siempre conectado.

Síntesis del mensaje: Lucas, que nos acompaña en este ciclo C, es el evangelista que más veces hace alusión a Jesús orante, tanto en comunidad como en solitario, en momentos de alegría o de crisis. El domingo pasado nos invitaba Jesús, en la casa de Marta y María, a escuchar la Palabra y a dar prioridad a la *oración* antes que a la acción. Hoy nos ayuda a entender la importancia de la *oración* en nuestra vida, enseñándonos el Padrenuestro y también indicándonos las cualidades que debe tener nuestra oración. La oración no es una cuestión de técnicas; una oración buena es la que nos hace encontrar a Dios y poco a poco nos transforma interiormente.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos la oración de Abrahán. Es una oración porfiada de intercesión, a favor de los habitantes de Sodoma y Gomorra, a pesar de su gran pecado. Es entrañable –y típico oriental– el “regateo” de Abrahán ante Dios. Le pide con confianza “rebajas”, aunque conocía el gran pecado de aquella ciudad. Y Dios le escucha, aunque no haya encontrado ni siquiera esos diez justos que le sugería Abrahán. Aprendamos

de Abrahán a pedir por nuestras naciones, por los enfermos, por los jóvenes, por los que sufren, por los pecadores, por las familias, por la paz del mundo, por los gobernantes. Oración de intercesión.

En segundo lugar, veamos la oración de Jesús. Jesús ora con frecuencia y largamente; algunas veces, como nos recuerdan los evangelistas, pasa incluso toda la noche en oración (cf. Lc 6, 12). Jesús ora antes de tomar cualquier decisión importante: por ejemplo, antes de escoger a sus apóstoles; antes de salir para Jerusalén; antes de enviar a los discípulos en misión. Jesús ora en la soledad. A veces se levanta muy pronto por la mañana, para poder orar tranquilamente, aunque el día anterior haya tenido que ocuparse durante mucho tiempo de los enfermos (cf. Mc 1, 32.35). ¿Por qué ora? Porque siente un intenso deseo de vivir en unión con su Padre del cielo. Su ejemplo suscita en los discípulos el deseo de ser instruidos en la oración. Por eso le piden: “Señor, enséñanos a orar”. Y nos enseña la más sublime oración, el Padrenuestro: la primera parte dirigida a Dios (sea alabado y santificado su Nombre, implorado su Reino, cumplida su Voluntad). La segunda es para nosotros: le pedimos el pan material y espiritual; perdón de nuestras ofensas, nos aparte de la tentación y nos libre del mal y del maligno.



Finalmente, analicemos nuestra oración. Tengamos nuestro *whatsapp* con Dios actualizado y siempre abierto. ¿Qué es la oración? *“Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como en la alegría”* (Santa Teresa del Niño Jesús, *Manuscrito C*, 25r). *“La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes”* (San Juan Damasceno, *Expositio fidei*, 68). Y para san Agustín, la oración es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él. Y el Catecismo dice en el número 2564: *“La oración cristiana es una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Cristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios hecho hombre”*. ¿A qué vamos a la oración? A alabar y adorar a Dios, a darle gracias, a pedirle perdón e implorarle por nuestras necesidades. ¿Cómo debemos rezar? Con sencillez y humildad, con atención y confianza, con perseverancia. ¿Qué obstáculos encontramos en nuestro día a día para rezar bien? El miedo al silencio, a la soledad y a encontrarnos con nosotros mismos, las distracciones, el pensar sólo en las cosas materiales, el peso de nuestros pecados, la tibieza y la mundanidad, de la que tanto habla el papa Francisco. ¿Y los frutos de la oración? Frutos tanto individuales como para la comunidad. Estos frutos son lo que nos permiten decir que la oración no es algo puramente psicológico, porque tiene consecuencias. Si permanecemos fieles a la oración, poco a poco nos volvemos más apacibles, más delicados, más atentos a los demás. Comunicamos la paz de Dios. Luego están los santos, que gracias a la oración han logrado hacer grandes obras de amor impensables en un principio. Gracias a

la oración uno puede llegar a sentir –a percibir sensiblemente- la presencia de Dios, su ternura y su alegría. De lo que se trata es que cada vez sea menos una oración de pensamiento, de cabeza, y cada vez más una oración de corazón, que se abra a Dios, en una apertura y abandono que hace que la oración sea profunda.

Para reflexionar: ¿Reservo unos diez o quince minutos diariamente en mi *whatsapp* espiritual para encontrarme con Dios y consagrar ese momento a Él? ¿Estoy conectado al *Wi-Fi* de Dios todo el día? ¿He reflexionado que las actitudes esenciales para orar y relacionarnos con Dios son tres: un acto de fe, de esperanza y de amor, y no tanto, la sensibilidad ni la inteligencia? ¿Todo lo espero de Dios o también pongo mi parte? ¿Grito al Señor día y noche? ¿Rezo por los demás como Abraham por Sodoma y Gomorra?

Para rezar: *“Señor, estoy ante ti como un pobre, veo todos mis pecados y mi fragilidad, pero no es un problema porque Tú eres mi esperanza. Es de ti que espero mi salvación, Señor; es de ti que espero la gracia que podrá curarme, purificarme y transformarme... Señor, no siento gran cosa y me gustaría comprenderlo todo, pero creo aún así con todo mi corazón que estás aquí”*.



DÉCIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Qohelet 1, 2; 2, 21-23; Col 3, 1-5.9-11; Lc 12, 13-21

Idea principal: “Guardaos de toda codicia”. Ante los bienes materiales, ni desprecio, ni apego, sino el “tanto cuanto” de san Ignacio de Loyola.

Síntesis del mensaje: “La avaricia rompe el saco”. Esta frase proverbial parte de la imagen de un ladrón que iba poniendo en un saco cuanto robaba y cuando, para que la cupiera más, apretó lo que iba dentro, el saco se rompió. La codicia rompe el saco es una forma más antigua que *La avaricia rompe el saco*, como lo muestra su presencia en obras como *La Lozana Andaluza* 252, *El Guzmán de Alfarache*, esa novela picaresca de Mateo Alemán, *El Quijote* I 20, II 13 y 26. Una forma sinónima aparece en *El Criticón* de Baltasar Gracián: *Por no perder un bocado, se pierden cientos*. El corazón del codicioso no reposa ni siquiera de noche (evangelio). Busquemos las cosas de arriba (2ª lectura), pues las de acá abajo no sacian y son perecederas (1ª lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ante los bienes materiales no cabe el despreciarlos. Jesús no nos está invitando a despreciar los bienes de la tierra (evangelio). Son buenos y lícitos, y si conseguidos honestamente nos ayudan a llevar una vida digna y desahogada, en orden a tener una casa confortable y un trabajo remunerado, alimentar y sostener la familia, ofrecer una buena educación

a los hijos y ayudar a los necesitados. La riqueza en sí no es buena ni mala: lo que puede ser malo es el uso que hacemos de ella y la actitud interior ante ella. Si Jesús llamó necio o insensato al rico del evangelio, no fue porque fuera rico, o porque hubiera trabajado por su bienestar y el de su familia, sino porque había programado su vida prescindiendo de Dios y olvidando también la ayuda a los demás. La codicia lleva a los hombres a expresar un profundo amor por las posesiones, lo que los constituye en ídólatras.

En segundo lugar, ante los bienes materiales nos haría muy mal el apegarnos o idolatrarlos. Basta abrir la Sagrada Escritura: Judas fue codicioso y entregó a su Maestro; David codició a Betsabé y cometió asesinato; Jacob codició los derechos de su hermano y le incitó a despreciarlos; los hijos de Jacob codiciaron el amor del padre y por envidia quisieron matar a su hermano José; Ananías y Safira mintieron y murieron. La codicia es un pecado tan antiguo como sutil. En el mundo en que vivimos, materialista por excelencia, no es nada raro que nos veamos tentados por la codicia. La Palabra de Dios nos habla del origen de la codicia, de sus efectos y de cómo enfrentarla. Este dicho está ligado a la fábula de Esopo que habla del perro y el reflejo en el río. Un perro que iba con un pedazo de carne en su hocico y al pasar por un puente vio su imagen reflejada en el agua.. pensó que



era otro perro que tenía un pedazo más grande y quiso quitárselo...El resultado: se quedó sin nada. Qohelet (1ª lectura) nos invita a relativizar los diversos afanes que solemos tener con su tono pesimista: “*vanidad, todo es vanidad*”, que podemos también traducir así: “*vaciedad, todo es vaciedad*”. La riqueza no nos lo da todo en la vida, ni es lo principal: la muerte lo relativiza todo. Es sabio reconocer los límites de lo humano y ver las cosas en el justo valor que tienen, transitorio y relativo. Tanto afán y tanta angustia, incluso del trabajo, no puede llevarnos a nada sólido. Nuestra vida es como la hierba que está fresca por la mañana y por la tarde ya se seca (Salmo). Jesús en el evangelio nos invita al desapego del dinero porque no es un valor absoluto ni humana ni cristianamente. Por encima del dinero está la amistad, la vida de familia, la cultura, el arte, la comunicación interpersonal, el sano disfrute de la vida, la ayuda solidaria a los demás. Hay que tener tiempo para sonreír, jugar, “perder tiempo” con los familiares y amigos.

Finalmente, ante los bienes materiales sigamos la consigna de san Ignacio de Loyola: “*en tanto cuanto*”. La regla del «tanto cuanto» es importante para todos los mortales. No se trata de una doctrina filosófica, ni de una planificación económica, ni de un proyecto político, pero pudiera servir para todo. El gran San Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios Espirituales, lo presenta con las siguientes expresiones. “*El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su alma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe privarse de ellas, cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nues-*

tro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos, de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados” (Ejercicios Espirituales, nº 23). Esta regla, de alguna forma la emplean todas las personas, pero no en el sentido en el que exige San Ignacio, porque todos buscan las criaturas, tanto en cuanto lo puedan enriquecer, deleitar, distraer, divertir. Es una óptica totalmente diversa, ya que la mayoría emplea la filosofía del tanto cuanto, sólo en logros terrenos, humanos, materiales, olvidando aplicar esta fórmula en nuestras relaciones con Dios, en el negocio más importante: la salvación del alma. Sólo cuando tenemos a Cristo como Señor de nuestras vidas, podemos estar seguros de que moriremos más y más al pecado y viviremos más y más para Él, interesándonos por la salvación del alma.

Para reflexionar: ¿Dónde pongo mi felicidad: en las cosas materiales y perecederas o en las cosas eternas e incorruptibles? ¿Podría afirmar de verdad que uso y deseo todo «tanto cuanto» me es provechoso para mi salvación eterna? ¿Peco de codicia, aceptando sobornos, aprovechándome del débil para mi beneficio, defendiendo al injusto, ardiendo de envidia, viviendo siempre descontento con lo que tengo?

Para rezar: *Dios Todopoderoso que impulsaste a san Antonio Abad a abandonar las cosas de este mundo para seguir en pobreza y soledad el Evangelio de tu Hijo, te pedimos que, a ejemplo suyo sepamos desprendernos interior y exteriormente de todo lo que nos impide amarte y servirte con todo el corazón, el alma y las fuerzas. Por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.*



DÉCIMO NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Sabiduría 18, 3.6-9; Heb 11, 1-2.8-19; Lc 12, 32-48

Idea principal: La *vigilancia*: “*Tened ceñidas la cintura y encendidas las lámparas*”.

Síntesis del mensaje: Tenemos que estar preparados porque esperamos a Cristo. No se trata de estar preparados para un viaje, sino de estar preparados para esperar a una persona, el Señor. Debemos *vigilar* no para conservar lo que tenemos, sino para recibir lo que esperamos; debemos trabajar muy despiertos para entrar un día en la fiesta y en las bodas del Hijo del Hombre que está por venir. Vigilar es estar en lo que estamos y a la vez en lo que esperamos, porque es vivir en tensión, en vilo todos los días. Vigilar es para los cristianos desarraigo y andadura, éxodo permanente hacia el reino de Dios. Para vigilar así hace falta ser pobre, hacerse pobre, y tener una promesa por delante. La vigilancia mira hacia el futuro del hombre y el advenimiento de Dios, la vigilancia es fecunda y renovadora, infatigable.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, *modelo de vigilancia fue el pueblo judío* en la cena pascual (1ª lectura). En la noche de su salida de Egipto comieron de pie, ceñido el cinturón, preparados para emprender la marcha, convencidos de que Dios iba a actuar a favor de ellos, liberándoles de la esclavitud. Los judíos estaban preparados para la intervención de Dios, que venía para un

juicio. Por eso ofrecían sacrificios en secreto y prometían ya, también en secreto, ser todos igualmente partícipes de los bienes y de los peligros. ¿Qué virtudes llevaban en la mochila o morral de su vigilancia? La fe y la confianza en la promesa de Dios –que es auxilio y escudo (Salmo responsorial)- y la solidaridad entre ellos, tanto en los peligros como en los bienes.

En segundo lugar, *modelo de vigilancia también fue Abrahán, el patriarca de todos los creyentes* (2ª lectura). ¿Qué virtudes llevaba Abrahán en la mochila de su vigilancia? También la fe y la confianza hechas obediencia, prontitud, desprendimiento, porque Abrahán se fía de Dios, cree en Él y le cree a Él. Y por eso salió de su tierra, a una edad ya muy avanzada -75 años-, vivió “como extranjero”, habitando en tiendas y dispuesto a sacrificar a su propio hijo, porque Dios se lo pedía. La fe es camino y búsqueda, provisionalidad y esperanza. La fe nos proporciona la capacidad de ser dóciles a Dios, sin querer saber lo que nos pedirá, hacia qué meta nos conducirá. La fe permite también realizar empresas que superan las fuerzas del hombre. La fe suscita la capacidad de heroísmo cuando nos damos cuenta de que la voluntad de Dios es muy exigente, como en el caso del sacrificio de Isaac. La fe es la condición para estar preparados y vigilantes ante las intervenciones de Dios. El ejemplo



de estos creyentes del Antiguo Testamento es estimulante para nosotros.

Finalmente, también nosotros debemos vivir en estado de vigilancia día y noche (evangelio). Las dos imágenes que pone Cristo en el evangelio de hoy son muy expresivas. Indican la actitud que han de tener los criados que están esperando de noche a que regrese su señor, para abrirle el portón de la casa en cuanto llame. Han de estar con «*la cintura ceñida*», es decir, con la túnica arremangada para poder moverse y actuar con agilidad. Han de estar con «*las lámparas encendidas*» de la fe, esperanza y amor para tener la casa iluminada y mantenerse despiertos. Estas palabras de Jesús son también hoy una llamada a vivir con lucidez y responsabilidad, sin caer en la pasividad o el letargo. En la historia de la Iglesia hay momentos en que se hace de noche. Sin embargo, no es la hora de apagar las luces y echarnos a dormir. Es la hora de reaccionar, despertar nuestra fe y seguir caminando hacia el futuro, incluso en una Iglesia probada y criticada. Esta vigilancia puede referirse a la venida última, gloriosa, de Cristo, Juez de la historia, o a nuestra muerte, el momento decisivo para cada uno de nosotros y cuya fecha desconocemos. Pero también puede referirse a la vida de cada día, en que se suceden ocasiones de gracia que corremos el peligro de desaprovechar: la Palabra, los sacramentos, los acontecimientos, las personas. Vigilemos nuestros pensamientos, sede de nuestros juicios y palabras. Vigilemos nuestros afectos, sede de los deseos y sentimientos profundos. Vigilemos nuestra voluntad, sede de las decisiones maduras o inmaduras. Vigilemos nuestras familias e hijos, nuestro futuro. Vigilemos nuestras parroquias y grupos parroquiales, nuestro semillero de vocaciones. Vigilemos nuestros puestos de trabajo, lugares

de santidad y prosperidad. Vigilemos nuestros ojos, para que puedan ver a Dios. Vigilemos nuestras lecturas y los programas de televisión, para no corrompernos. Vigilemos nuestra lengua, espada de doble filo. Vigilemos nuestras amistades y nuestras vacaciones, que deben ser momentos de descanso y de crecimiento en los valores.

Para reflexionar: ¿Qué hago de mi vida? ¿Cómo la administro? ¿De dónde vengo y a dónde voy? ¿Vivo despierto o narcotizado por los mil placeres que el mundo me ofrece? ¿Dónde tengo puesto mi corazón? ¿Tengo en casa mecanismos antirrobo? ¿Y para mi alma y mi fe? ¿Vivo amodorrado, instalado, distraído? ¿Tengo planes para mi futuro, mi tranquila jubilación, las mejores compañías de seguros? ¿Y para mi alma? ¿Tengo los músculos entumecidos o en forma para la peregrinación hacia Dios?

Para rezar: *Señor, que cuide la lámpara de mi fe siempre encendida, con el aceite de tu amor, esperando tu venida en cada momento de mi día. Y que mi cintura esté siempre lista para servirte a ti y a mis hermanos, los hombres.*



VIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Jr 38, 4-6.8-10; Hb 12, 1-4; Lc 12, 49-53

Idea principal: Somos *atletas* de Cristo.

Síntesis del mensaje: Toda la vida humana y cristiana es una continua lucha sobre la tierra. Ya lo decía el libro de Job (7,1). Y san Agustín: *“Nuestra vida en esta peregrinación no puede existir sin tentación: porque se hizo provecho nuestro por medio de nuestra tentación, y cada uno no se da a conocer a sí a no ser que haya sido tentado, ni puede ser coronado a no ser que haya vencido, ni puede vencer a no ser que haya combatido, ni puede combatir a no ser que haya dominado al enemigo y las tentaciones”* (Comentando el Salmo 60, nº 3). Y mucho antes san Pablo: *“He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe”* (2 Tim 4, 7).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, *nuestra vida de cristianos es una carrera.* Ya san Pablo había comparado nuestra vida como una carrera. ¿Meta? La transformación en Cristo, aquí en la tierra, y alcanzar la vida eterna, después. Esta imagen está llena de significado. A esa carrera salimos a gatas, después de nuestro Bautismo, y con la ayuda de nuestros papás y padrinos. Después, con la fuerza y el alimento de la Eucaristía ya vamos erguidos y dando pasos más ágiles y con entusiasmo en esta carrera. Con el sacramento de la Confirmación vamos bien equipados

interiormente para sortear las sorpresas del camino y pelear con valentía. Si caemos o damos un paso en falso, ahí está la confesión para curarnos. Si nos encandila una persona, ahí Dios me pone la otra media naranja para ser feliz en el santo matrimonio. Si arde en mi pecho el anhelo de entregar mi vida en cuerpo y cuerpo, me ofrece el sacerdocio. En el momento de la vejez y enfermedad, Dios me consuela y alienta con el sacramento de la unción de enfermos. Si es una carrera sería bueno llevar todo lo necesario. ¿Qué llevar? Tener puesta la camiseta y vestimenta del discípulo de Jesús. Llevar las aguas y bebidas necesarias para hidratarnos. No debe faltar la comida. No olvidemos, por si acaso, un kit de medicamentos. Por si acaso metamos el móvil, una identificación y dinero. *¿Qué necesita un buen atleta para ganar la carrera?* Todos sabemos que la alimentación sana y equilibrada es muy importante. Por eso es importante buscar la Sabiduría de Dios en las Escrituras y el Magisterio de la Iglesia católica, que inspirados por Dios conforman el buen alimento del cristiano. También es necesario un buen entrenamiento, que para los católicos es la oración. El atleta también necesita de un entrenador que le corrija y le haga aprender la técnica correcta: necesita de humildad para aceptar la corrección. Nosotros, como católicos, necesitamos la humildad para



aceptar la corrección de Dios. Además es importante caminar en la dirección correcta, *para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina (Efesios 4, 14a).*

En segundo lugar, en esta carrera hay que superar muchos obstáculos. Ser buen deportista cuesta sacrificio. Hay que renunciar a bastantes cosas para poder triunfar en la carrera. Miremos bien la altura de las vallas, las piedras o cardos del camino. Preguntemos a Jeremías (1ª lectura) cómo tuvo que sortear miles de obstáculos para ser fiel al ministerio profético. ¡Cuántas contradicciones provocó en la sociedad corrompida a la que Dios le manda hablar en su nombre! Dios le sacó de la tranquilidad de su vida en un pueblo pequeño y cercano a Jerusalén, cuando aún no contaba con veinte años. Es acusado por los jefes e ignorado por el rey. ¿En quién tenemos que fijar los ojos, nosotros cristianos? La carta a los Hebreos que hoy leímos nos dice: *“fijos los ojos en Jesús, pionero de la fe”* (2ª lectura). Pionero significa el que va delante, el que nos ha dado ejemplo de decisión en su camino mesiánico, que incluía la cruz. También a Él le resultó difícil cumplir su carrera, pues vino a prender fuego; no un fuego que devasta los bosques, sino el fuego de un amor decidido, de una entrega apasionada. Es el fuego del Espíritu que en Pentecostés transformó la primera comunidad cristiana para que se echaran a correr y predicar la Buena Nueva por todo el mundo. *Hay diversos tipos de atletas:* los que desisten ante la primera dificultad, porque es difícil, y tiran la toalla. Otros ni siquiera salieron al oír el disparo, por miedo y cobardía. También hay quien va a su ritmo, flojo él, tomándose sus descansos en las fuentes placenteras que encuentran a derecha e izquierda. Peor los que tiran por otras veredas tentadoras. Y están los que llegan cansados, pero satisfechos de haber cumplido. Y no nos

olvidemos de la constancia. ¿O qué atleta llega a ser campeón del mundo con un par de meses de entrenamiento? ¡Son necesarios años! Al igual que para nosotros muchas veces también. Por eso, actuemos con perseverancia, pues el mismo San Pablo decía: *“Yo, hermanos, no creo haberlo ya conseguido. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante”* (Filipenses 3, 13).

Finalmente, al final de la carrera está el premio o medalla, si hemos ganado. Medalla de oro, de plata o de bronce, según los talentos que Dios nos ha dado en vida. La vida del cristiano puede compararse con la vida de un atleta, como dijimos. Tenemos un objetivo, un premio que alcanzar, que es Dios mismo y la vida eterna que nos ha prometido. Y tenemos una carrera que correr, que es la carrera de la fe en nuestra vida diaria. Y estamos llamados a vivir *“corriendo hacia la meta, al premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús”* (Filipenses 3, 14). ¡El mejor premio que jamás podríamos haber soñado! La vida de los santos y santas grita la victoria en la carrera. Si ellos pudieron, también nosotros. Sortearon los obstáculos. Sufrieron. Sudaron. Pero tenían fijos los ojos en Cristo Jesús. Ignacio de Loyola llegó y escogió el ejército del Rey eterno, y enarboló la bandera de Cristo con valentía y bravura. Juan Bosco llegó, y llevó la educación a tantos niños abandonados en la intemperie. Vicente de Paul llegó, viendo a Cristo en los pobres. Teresa de Jesús llegó, desposándose con el Rey de reyes. Y también Tarsicio y Luis Gonzaga y María Goretti, niños y adolescentes fieles a Cristo. Y san Isidro Labrador, con sus bueyes y su oración. Y san Juan Diego, que se puso en el regazo de la Morenita. Y Josefina Bakhita, esa esclava negra que se consagró al Amo que le dio la verdadera libertad.



Para reflexionar: Piensa en estas palabras: todo campeón tiene también algo innato, algo que no se consigue mediante entrenamiento y esfuerzo, que le hace marcar la diferencia entre los atletas “comunes” y él: el campeón. ¡Nosotros los cristianos también tenemos ese “algo”, que es Cristo mismo! Él, por su inmenso amor, engendra en nosotros un hombre nuevo capaz de ganar la carrera de la fe... ¡Por pura gracia! Así pues, lo imposible ya lo ha hecho Él posible para nosotros, nosotros sólo debemos aceptarlo y ejercitarlo, para poder decir algún día: *He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe* (2 Timoteo 4, 7).

Para rezar:

*Señor, permite que cada
entrenamiento y cada competencia
sea la mejor que realice.
Que el coraje, el valor y
la victoria cubran cada paso realizado.
Permite, Señor, que el éxito
esté presente en todo momento
Y dadme seguridad y confianza
para luchar hasta el final.
Te pido con el corazón
me des la fortaleza física y mental necesaria
para triunfar;
y te pido con la razón
que asimile cada ganancia o cada pérdida.
Y que esto me permita aprender, madurar y
crecer
para ser cada vez mejor.
Señor, hazme llegar más
alto, más lejos y ser más fuerte
Y permíteme asimilar con
humildad lo que venga.
Te pido, Señor, que estés
conmigo. Amén.*



VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Is 66, 18-21; Hb 12, 4-7.11-13; Lc 13, 22-30

Idea principal: El “negocio” de la *salvación* es lo más importante, necesario, urgente y personal de nuestra vida. Santa Teresa de Jesús dijo: “*al final de la vida el que se salva sabe y el que no, no sabe nada*”.

Síntesis del mensaje: Jesús sigue educando a los discípulos, y a nosotros también. Y hoy nos da la clave de cómo salvarnos, es decir, los requisitos. *Salvación* completa: cuerpo y alma. Para salvarnos no basta el simple hecho de haber conocido a Jesús y pertenecer a la Iglesia, o tener privilegios de nacimiento o por algún mérito pasado. Es necesario también pasar por la “*puerta estrecha*” (evangelio), y abandonar la “*puerta ancha*”.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, es un hecho que Dios “*quiere que todos se salven*” (1 Tim 2, 4). La primera lectura de hoy también nos lo recuerda: “*Yo mismo vendré a reunir a todas las naciones...y verán mi gloria*”. Y también el evangelio: “*Y vendrán muchos de Oriente y de Occidente...a ocupar su lugar en el banquete del Reino de Dios*”. ¡A todos! Judíos y paganos, cristianos, protestantes y anglicanos, musulmanes y budistas, ateos, agnósticos y renegados. Para eso, Dios Padre mandó a su Hijo al mundo. Para eso, Dios Hijo fundó su verdadera Iglesia, donde encontramos todos los medios de salvación: los sacramentos, la intercesión de la Santísima Virgen y de los

Santos. Para eso, Dios Espíritu Santo realiza la obra de santificación en el alma de quienes le dejan, mediante la infusión de los siete *dones*: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad, temor de Dios; y los *frutos* suculentos de su acción divina: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad (Cf. *Gálatas* 5, 22-23). Dios no tiene otro regocijo que el salvar a sus hijos esparcidos por todo el mundo.

En segundo lugar, ¿qué hacer entonces? Si el alma vale tan alto precio, y el hombre llega a perderla, ¿con qué bien del mundo podrá compensar tan grande pérdida? ¡Salvar nuestra alma! El negocio más importante, único y urgente, personal e irreparable de la vida es la salvación del alma. *Negocio más importante*, porque Dios mandó a su Hijo al mundo y le hizo derramar la sangre y morir en la cruz para salvar nuestras almas. *Negocio* único que tenemos en esta vida (cf. Lc 10, 42). San Bernardo lamenta la ceguera de los cristianos que, calificando de juegos pueriles a ciertos pasatiempos de la niñez, llaman negocios a los asuntos mundanos. ¡Cuántas locuras no cometerían muchos si pensasen en estas palabras de Cristo: «¿De qué le sirve al hombre—dice el Señor— *ganar todo el mundo, si pierde su alma?*» (Mt. 16, 26); palabras éstas que le recordaba una y otra vez en la Universidad de París Ignacio de Loyola al mundano



Francisco Javier, hasta que le taladraron el alma y se convirtió. *Negocio personal*, porque sólo cada uno de nosotros tiene que invertir en salvar su propia alma. *Negocio irreparable*, pues «no hay error que pueda compararse –dice San Eusebio– *al error de descuidar la eterna salvación*». Todos los demás errores pueden tener remedio. Si se pierde la hacienda, posible es recobrarla por nuevos trabajos. Si se pierde un cargo, puede ser recuperado otra vez. Aun perdiendo la vida, si uno se salva, todo se remedió. Mas para quien se condena no hay posibilidad de remedio. Una vez sólo se muere; una vez perdida el alma, perdióse para siempre. No queda más que el eterno llanto con los demás míseros insensatos del infierno, cuya pena y tormento mayor será el considerar que para ellos no hay tiempo ya de remediar su desdicha (Jer 8. 20). Sólo en lo presente piensan los mundanos, no en lo futuro. Hablando en Roma una vez San Felipe Neri con un joven de talento, llamado Francisco Nazzerà, le dijo así: «Tú, hijo mío, tendrás brillante fortuna: serás buen abogado; prelado después; luego, quizá cardenal, y tal vez pontífice; pero ¿y después?, ¿y después?». «Vamos –díjole al fin–, *piensa en estas últimas palabras*». Marchó Francisco a casa, y meditando en aquellas palabras: «¿Y después? ¿Y después?», abandonó los negocios terrenos, se apartó del mundo y entró en la misma congregación de San Felipe Neri, para no ocuparse más que en servir a Dios. Razón tenía San Felipe Neri al llamar loco al hombre que no atiende a salvar su alma.

Finalmente, el evangelio de hoy nos da la clave para salvarnos: entrar por la puerta estrecha. ¿Qué supone entrar por la puerta estrecha que conduce a la vida eterna y a la salvación? Nos responde la *Didaché*, obra de la literatura cristiana primitiva que pudo ser compuesta en la segunda mitad del siglo I, donde se narra la Enseñanza del Señor a las naciones por medio de los doce apóstoles: Hay dos caminos. Uno de la vida y otro de la muerte; pero la diferencia en-

tre los dos caminos es grande. Al camino de la vida le corresponden el amor a Dios y al prójimo, el bendecir a quien nos maldice, el mantenerse alejado de los deseos carnales, perdonar a quien nos ofende, ser sincero, pobre; en suma, los mandamientos de Dios y las bienaventuranzas de Jesús. Al camino de la muerte le corresponden, por el contrario, la violencia, la hipocresía, la opresión del pobre, la mentira; en otras palabras, lo opuesto a los mandamientos y las bienaventuranzas (cf. Mateo 5, 1-8).

Para reflexionar: ¿Son muchos los que se salvan? ¿Son pocos? ¿Estaré yo entre los que se salvan? ¿Qué he de hacer para salvarme? Esta poesía de fray Pedro de los Reyes (español del siglo XVI) nos puede hacer reflexionar hoy:

YO PARA QUE NACÍ

*Yo para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme,
Triste cosa será, pero posible.
¿Posible? ¿Y río, y duermo, y quiero holgar-me?
¿Posible? ¿Y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago?, ¿en qué me ocupo?, ¿en qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.*

Para rezar: Recemos con san Alfonso María de Liguori: “¡Oh Redentor mío, vos habéis derramado vuestra sangre para redimir mi alma, y yo la he perdido tantas veces, y la he vuelto a perder! Os doy gracias por haberme concedido tiempo para recobrarla, recobrando vuestra gracia. ¡Oh Dios mío! ¡Por qué no he muerto antes de llegar a ofenderos! Consuela la idea de que vos no rechazaréis los corazones que se humillan y se arrepienten de sus pecados. ¡Oh Virgen María, refugio de pecadores, socorred a un pecador que se recomienda a vos, y en vos confía!”.



VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Eclesiástico 3, 19-21.31.33; Hbr 12, 18-19.22-24a; Lc 14, 1.7-14

Idea principal: Todo seguidor de Jesús en el “banquete de la vida” debe ser *humilde* para ponerse en el último lugar y *generoso*, cuando invite a comer a los demás.

Síntesis del mensaje: No es fácil vivir los dos consejos que Cristo hoy nos invita a poner en práctica: primero, ponernos en el último lugar -¡qué locura!-, y después, invitar a comer, no a nuestros amigos y familiares, sino a los que no conocemos, -¡el colmo!- e incluso a quienes nos resultan antipáticos. Razones habrá tenido Jesús al darnos estos dos consejos que no son a primera vista naturales. Ya la 1ª lectura nos decía: “*Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios*”.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, toda la liturgia de hoy es una invitación a vivir la virtud de la *humildad*. Virtud que antes de Cristo no era cotizada, al contrario, era infamia y defecto, porque los grecolatinos siempre buscaban la excelencia, el sobresalir, la “*areté*”. La palabra humildad proviene del latín *humilitas*, que significa “*pegado a la tierra*”. Es una virtud moral contraria a la soberbia. Virtud que nos hace reconocer nuestras debilidades, cualidades y capacidades, y aprovecharlas para obrar en bien de los demás, sin decirlo. De este modo esta virtud nos hacer mantener los pies en la tierra, sin vanidosas evasiones a las quimeras

del orgullo. Santo Tomás estudia la humildad en la 2-2, 161, y dice: “*La humildad significa cierto laudable rebajamiento de sí mismo, por convencimiento interior*”. La humildad es una virtud derivada de la templanza por la que el hombre tiene facilidad para moderar el apetito desordenado de la propia excelencia, porque recibe luces para entender su pequeñez y su miseria, principalmente con relación a Dios. Humildad es ponernos en nuestro sitio exacto: soy pecador, redimido por Cristo. ¿De qué puedo presumir? Y poner a Dios en su lugar, el primero. Por eso, también la humildad es virtud derivada de la justicia, por la que damos a Dios lo que es de Dios: nuestras cualidades y talentos. La humildad es el cimiento de todo el edificio, como escribió santa Teresa en las Moradas Séptimas 4, 9. Sin humildad todas las demás virtudes se derrumban o son postizas.

En segundo lugar, ¿por qué tenemos que ponernos en el último lugar? Metámonos en el corazón de Jesús. Para evitarnos humillaciones en la vida – “*oye, amigo, cede ese lugar a otro más importante que tú*”-, Cristo nos aconseja humillarnos a nosotros mismos. A nosotros nos resulta difícil seguir este consejo de Cristo. Nos gusta ocupar siempre, en la medida que podemos, los puestos principales, ¿a quién no? Está en nuestra naturaleza humana. No aceptamos de buena gana ser tan modestos



que nos pongamos en el último lugar. Lo que hay detrás de este consejo de Jesús es esto: *primero*, que sólo Dios nos dé honor y gloria, y no los hombres; *segundo*, que sólo al humilde Dios le da sus gracias y lo quiere (1ª lectura), y *finalmente*, Cristo nos dice que para entrar en el banquete del Reino tenemos que ser humildes. Tenemos hambre y sed de honor y gloria personales; pero si cedemos a esta inclinación caemos en egoísmo, soberbia y vanidad, y no andaremos en la verdad, pues como decía santa Teresa de Jesús: *“La humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada”* (Moradas 6, capítulo 10). Buscar nuestra gloria nos rebaja. Los grandes santos tuvieron que luchar también contra esta tendencia: santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, por poner unos ejemplos. La humildad es una virtud que vino Jesús a enseñárnosla en persona, porque solos no podríamos aprender esta lección. Pero es la humildad la que definitivamente abre el corazón de Dios y el corazón de los hombres. Una persona soberbia y vanidosa cae mal en todas partes. La búsqueda de honores y sillones demuestra una actitud posesiva. Quien busca directamente honores, no los merece. Otro motivo para ser humildes: es que nos hace bien sobre todo a nosotros mismos, pues nos hace conocernos y aceptarnos mejor a nosotros mismos. El que es humilde, se ahorra muchos disgustos y goza de una mayor paz y armonía interior y psicológica.

Finalmente, ¿por qué tenemos que invitar a comer a quienes no conocemos o son pobres, y ser generosos y espléndidos en nuestros dones y regalos? Metámonos en el corazón de Jesús. Cristo nos dio todo: su Iglesia, sus sacramentos, su vicario el Papa, su Madre, sus vestiduras, su evangelio, su testamento. No se quedó ni se reservó nada para Él. Fue siempre generoso. Lo normal es que cuando hacemos

un banquete invitemos a parientes y amigos. Es la ley de la “reciprocidad comercial”. Ellos nos retribuirán después. Y Jesús nos dice que ahí no hay mérito, y propone la ley de la “generosidad gratuita”. Tenemos que buscar la recompensa divina, distinta de la recompensa humana que vicia las relaciones, inoculando el interés personal en una relación que debería ser generosa y gratuita. Invitar a los pobres, sí. En el Salmo de hoy nos dice que Dios prepara casa a los desvalidos y pobres. Ellos, los pobres, serán los mejores guardianes de nuestra humildad. Su indigencia los tiene habituados a considerarse vacíos y despojados, experimentando cada día la necesidad del auxilio ajeno para poder vivir, y así pueden enseñarnos con su ejemplo a practicar esta virtud tan valiosa pero tan ardua. Y no olvidemos lo que nos dice san Pablo: *“Hay más alegría en dar que en recibir”* (Hech 20, 35).

Para reflexionar: Meditemos este párrafo de santa Teresa de Jesús: *“Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante a mi parecer sin considerarlo, sino de presto esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento, amén”* (Moradas VI, 10, 7).

Para rezar: Señor Jesús, manso y humilde. Desde el polvo me sube y me domina esta sed de que todos me estimen, de que todos me quieran. Mi corazón es soberbio. Dame la gracia de la humildad, mi Señor manso y humilde de corazón. No sé de donde me vienen estos locos deseos de imponer mi voluntad, no ceder, sentirme más que otros... Hago lo que no quiero. Ten piedad, Señor, y



REGRESAR al
Índice

dame la gracia de la humildad. La gracia de mantenerme sereno en los desprecios, olvidos e indiferencias de otros. Dame la gracia de sentirme verdaderamente feliz, cuando no figuro, no resalto ante los demás, con lo que digo, con lo que hago. Ayúdame, Señor, a pensar menos en mi y abrir espacios en mi corazón para que los puedas ocupar Tu y mis hermanos. En fin, mi Señor Jesucristo, dame la gracia de ir adquiriendo, poco a poco un corazón manso, humilde, paciente y bueno (P. Ignacio Larrañaga).



VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Sap 9, 13-18; File 9b-10.12-17; Lc 14, 25-33

Idea principal: ¿Qué es la verdadera sabiduría cristiana?

Síntesis del mensaje: Es de sabios conocer la voluntad de Dios (1ª lectura). Es de sabios antes de construir un futuro o de llevar a cabo un proyecto el sentarse y ver si tenemos las fuerzas, las cualidades, los medios (evangelio). Es de sabios reconocer que todo lo humano es caduco (Salmo). Es de sabios cobijarse a la sombra de Dios que nos enseña a calcular nuestros años para adquirir ese corazón sensato (Salmo). Es de sabios saber por qué hay que abolir la esclavitud (2ª lectura). En resumen, es de sabios dar a cada cosa su importancia y poner los medios oportunos para conseguir los fines que nos proponemos, como hombres y como cristianos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿qué es la sabiduría? No es la simple erudición, ni el conocimiento obtenido mediante la investigación profundizada y metódica en un determinado campo. La sabiduría es un saber especial que implica cierta experiencia y dilección, gusto; un saborear lo que uno conoce (*sápere*, en latín, significa tener sabor de, gustar). Por tanto, la sabiduría propiamente dicha no tiene por objeto la ciencia de las cosas temporales, sino todo lo relacionado con Dios y el destino eterno del hombre. Es un saber gustativo, pero también operativo, o sea orientado a la acción. La sabiduría exige ser

traducida en elecciones concretas de vida, como veremos más tarde.

En segundo lugar, analicemos ahora la *sabiduría cristiana*. Esta sabiduría elige a Jesús como Maestro y Señor. Elección que también es adhesión, no tanto de la cabeza cuanto del corazón, de toda la persona. No elegimos la doctrina de Jesús, sino a Jesús. Elección que compromete toda nuestra existencia. Elección que implica también renunciar a todo por Jesús, como nos dice el evangelio de hoy. Cuando compiten dos patrones: Jesús o las riquezas, Jesús o el placer, Jesús o la carrera, Jesús o nosotros mismos...quien tiene esta sabiduría cristiana sabe a quién elegir. Lo mismo para otros casos en los cuales están en juego la justicia, la verdad y la moral. Hoy hay mil posibilidades de optar por esta sabiduría cristiana o también por la sabiduría mundana que nos la ofrecen en platillos de oro los grandes de esta tierra. Sabiduría ésta mundana que Santiago apóstol en su carta define como: terrenal, animal y diabólica (3,15). Ahora sí nos explicamos todo lo relacionado a la camuflada ingeniería genética, los locos experimentos de híbridos de seres humanos y animales, con la excusa de investigar para acabar con enfermedades, como se hizo con la fracasada investigación con células madre embrionarias. Ya en algunos países se ha levantado el veto para este tipo de experimentos; pueden hacerlos. ¿Es sabiduría proponer ahora otro tipo de familias y matrimonios, distintos al



plan de Dios? ¿Es sabiduría proponer otro tipo de Iglesia –con sus nuevos dogmas acordes a la mentalidad relativista que hoy campea- distinta a la que Jesús fundó y que defendió la Tradición de la Iglesia durante 21 siglos? Esta sabiduría cristiana sabe poner a Dios en el centro de la vida, de la familia, del trabajo y carrera. Esta sabiduría nada hace sin antes consultar a Dios en la oración para saber lo que se debe hacer, cuáles son las fuerzas y debilidades.

Finalmente, con esta *sabiduría cristiana* podremos entender lo que Jesús nos dice en el evangelio de hoy: tenemos que amar a Dios antes que a nuestros padres y parientes; y si hay que escoger entre Dios y la familia, preguntemos qué hizo santo Tomás Moro, primer ministro del rey inglés Enrique VIII, allá por el siglo XVI. Comprenderemos también cómo llevar la cruz todos los días y renunciar a todo, si Cristo nos lo pide. Con esta sabiduría podremos echar cuentas exactas y calcular los gastos para construir la torre de la fidelidad matrimonial, de la honestidad profesional y laboral. Con esta sabiduría pondremos cimientos sólidos y macizos en nuestra vida para que nuestra casa no se derrumbe cuando vengan las tempestades, los terremotos, los sismos, propios del devenir humano. Con esta sabiduría sabremos si tenemos músculos fornidos y resistentes para dar batalla a los enemigos de nuestra alma y de los valores humanos y cristianos. Con esta sabiduría es fácil tratar a todos como hermanos, y no como esclavos (2ª lectura). Con esta sabiduría entenderemos cómo todo es pasajero, toda hierba se seca y todos volveremos al polvo (Salmo).

Para reflexionar: Santiago nos da estas cualidades de la verdadera sabiduría: *“es pura, pacífica, indulgente, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad, sin hipocresía”* (3,17). ¿Qué sabiduría rige mi vida: la cristiana o la mundana? ¿Qué estoy ganando, si aplico mis oídos a la sabiduría mundana? ¿Qué he cosechado al hacer caso a la sabiduría cristiana?

Para rezar: con el Salmo de hoy recemos: *“Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría”* (90, 12). Es de sabios rezar con la Iglesia: *“ayúdanos, Señor, a valorar con sabiduría los bienes de la tierra, siempre orientados hacia los bienes eternos”*. Ya no despreciar, sino valorarlos.



VIGÉSIMO CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Ex 32, 7-11.13-14; 1 Tm 1, 12-17; Lc 15, 1-32.

Idea principal: El rostro de la *misericordia* es Jesús (Papa Francisco).

Síntesis del mensaje: la liturgia de este domingo viene a reforzar el mensaje del año de la *misericordia*. En las tres lecturas el corazón de Dios rebosa de amor misericordioso. Tanto Yahvé, que perdona a su pueblo por intercesión de Moisés (1ª lectura), como Pablo, que se siente personalmente objeto del perdón de Cristo (2ª lectura), como las tres parábolas de Jesús en el evangelio –el reencuentro de la oveja perdida, de la moneda perdida y del hijo perdido–, nos invitan hoy, no sólo a meditar y experimentar la misericordia de Dios, sino también a ser misericordiosos con nuestros hermanos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Moisés paró la ira de Yahvé y Yahvé tuvo misericordia de su pueblo (1ª lectura). El pueblo de Israel cometió el gravísimo pecado de la idolatría, con el becerro de oro que se fabricaron y en torno al cual cantaron y bailaron, adorándole como el “dios” que les había liberado de Egipto, y rompiendo la Alianza que hacía poco había hecho Dios con ese pueblo. Pecado éste que merece de por sí un castigo divino muy severo, tanto que hace indignar al mismo Dios y quiere encender su ira contra ese pueblo infiel hasta consumirlos, y le pide a Moisés que destruya este pueblo y forme otro. Entonces, Moisés no acepta esta propuesta, e intercede por su pueblo, suplicando misericordia. Comienza a pleitear con Dios con toda confianza para que

se apiade de su pueblo. ¿Qué argumentos le da Moisés para persuadir a Dios? “Señor, es tu pueblo, no mío...Fuiste tú quien los libraste de la esclavitud, no yo...Hiciste una promesa con Abrahán, Isaac y Jacob, y tienes que cumplirla”. Y Moisés convenció a Dios. Y Dios se arrepintió de la amenaza.

En segundo lugar, Pablo hace hoy una especie de confesión general para agradecer a Cristo su gran misericordia con él (2ª lectura). Se confiesa de que fue un blasfemo, un perseguidor y un violento. Confiesa que no es digno de ser apóstol y pregonero de la Buena Nueva de Jesús. Y como se siente perdonado, se abre totalmente al Señor. Termina su confesión con una profesión cristológica de su fe. El perdón de Dios provocó en él una grande alegría, gratitud y un deseo inmenso de ir por todo el mundo pregonando la gran noticia: “Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero”. Pablo se benefició de esta misericordia de un modo particular. Además, su ejemplo debe infundir ánimo a todos: “si a mí me perdonó, mucho más a vosotros”. Y no todo fue fácil para Pablo, lo sabemos. Él mismo confesó: “No hago lo que quiero sino lo que no quiero” (Rom 7, 15). Esto mismo dijo el poeta Ovidio, pagano del siglo I y II y desterrado de Roma a la desembocadura del Danubio por un lío de faldas imperiales: “Veo lo mejor y lo apruebo, pero hago lo peor” (Metamorfosis 1.7, v.20-21). ¡Gran misterio esto del pecado! Pero mayor y más lúcida es la misericordia de Dios.



Finalmente, Cristo, narrando las parábolas de la *misericordia*, está sintetizando el núcleo de todo el evangelio: la misericordia de Dios. Pero la misericordia de Dios pide estas condiciones: reconocerse pecador, pedir perdón y abrirse a la misericordia divina. *Primero*, todos somos pecadores. Hemos idolatrado tantas cosas: dinero, trabajo, personas. Halagados por los incentivos de este mundo y ansiosos de libertad sin frenos ni límites, nos fuimos de casa, y nos pusimos a las órdenes de tantos porquerizos que nos contrataron por un puñado de plata, pero nos quitaron la dignidad; y hasta sentimos envidia de los gruñones cerdos que se revolcaban ahí libremente. Como ovejas aventureras, dejamos el redil para probar suerte en otros rebaños y recorrer caminos de muerte, llenos de zarzas y lobos, y nos quedamos balando día y noche en busca de nuestro auténtico Pastor. Dilapidamos, no una moneda sino muchas joyas del alma de manera superficial y pecaminosa, por estar jugando en tantos casinos cuyo resplandor nos atrajo. *Segundo*, pero tenemos que pedir perdón, pues nuestro pecado ofende a Dios Padre, a Cristo nuestro Hermano mayor, al Espíritu Santo, nuestro Huésped del alma, a la Iglesia de la que formamos parte, y a nuestros hermanos, pues todos formamos el Cuerpo místico de Cristo. Y, *tercero*, debemos abrirnos con confianza a los brazos misericordiosos del Padre Dios, lleno de ternura y comprensión, que no sólo nos espera en casa, sino que nos busca, y al encontrarnos alegre nos limpia, nos sube a su cuello y nos besa y acaricia. ¡Qué grande y misericordioso es Dios! También nosotros, como dice el Papa Francisco forzando neologismos, una vez “*misericordizados*”, debemos ser “*misericordiosos*” para con nuestros hermanos, y no duros e implacables como esos fariseos criticones y soberbios del evangelio.

Para reflexionar: ¿Adoro otros dioses? ¿Me reconozco pecador? ¿Me arrepiento de mis pecados? ¿Acudo con frecuencia al sacramento de la confesión? ¿He experimentado la alegría del perdón de Dios? ¿Me he alegrado al ver tan feliz a Dios perdonándome? ¿Soy misericordioso

con mis hermanos? ¿O soy duro e implacable con ellos?

Para rezar:

Padre, me declaro culpable, pido clemencia, perdón por mis pecados. Me acerco a ti con absoluta confianza porque sé que tú prefieres la penitencia a la muerte del pecador (cfr. Ezequiel 33,11). A ti no te gusta ni la venganza ni el rencor, tu corazón es compasivo y misericordioso, y sé que sólo estás esperando a que tenga la humildad de reconocer mi pecado, arrepentirme y pedir perdón para desbordar la abundancia de tu misericordia. “Cuando confesamos nuestros pecados, Dios, fiel y justo, nos los perdona” (1 Jn 1,9). Miro al horizonte: veo tus brazos abiertos y un corazón de Padre queriendo atraerme con lazos de un amor infinito. Padre, perdóname, quiero recibir el abrazo eterno.



VIGÉSIMO QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Amós 8, 4-7; 1 Tim 2, 1-8; Lc 16, 1-13

Idea principal: Seamos *astutos*, sobre todo en el uso del dinero para ayudar a las personas más pobres.

Síntesis del mensaje: con la parábola del administrador injusto y sin escrúpulos (evangelio), Jesús no nos anima a ser deshonestos, sino nos invita a ser astutos y saber hacer cálculos para hacer obras buenas. Jesús quiere suscitar en nosotros cierta emulación. Parece querernos decir: *“Ese administrador no se deja desanimar por las circunstancias, sino que encuentra soluciones, aunque injustas. Así pues, vosotros, que sois discípulos míos, también debéis mostraros astutos, ingeniosos, buscar soluciones, incluso inesperadas, pero nunca injustas”*. Astutos especialmente para poder ayudar a los pobres con nuestro dinero, conquistado con honestidad. Si Dios *“levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre”* (Salmo), ¿qué estamos dispuestos a hacer nosotros?

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, si Cristo nos invita a la *astucia*, habrá que definir bien lo que significa esta palabra. La palabra astucia es un término que se emplea con recurrencia cuando se quiere dar cuenta de la sagacidad que presenta un individuo a la hora de comprender o de resolver determinada situación que a la luz de cualquiera resulta ser bastante compleja de resolver. Es decir, este sentido del término

lo usamos siempre que queramos indicar que tal o cual dispone de un entendimiento notable que es capaz de distinguir sin problemas aún aquello que para la mayoría es inentendible o difícil de desentrañar. También, la astucia implica la habilidad que alguien posee a la hora de desentrañar un engaño. Pero además de la mencionada referencia positiva que presenta, también nos encontramos con la contracara del término, dado que la astucia puede implicar, asimismo, la sagacidad que alguien dispone a la hora de engañar, mentirle a alguien sobre determinada cuestión para conseguir un fin.

En segundo lugar, Cristo lógicamente nos invita a la *astucia positiva*, sobre todo en el uso del dinero para ayudar a los más necesitados. El dinero, lo sabemos, puede ser fuente de ambición y tentación. Pero bien usado, puede ser fuente de bendiciones para pobres, enfermos y gente carenciada. Escribí en mi libro sobre Jesucristo: *“Todos los bienes materiales son regalos de Dios, nuestro Padre. Debemos usarlos en tanto cuanto nos lleven a Él, con rectitud, moderación, desprendimiento interior. Al mismo tiempo, son medios para llevar una vida digna y para ayudar a los más necesitados. Lo que Jesús recrimina es el apego a las riquezas, y el convertirlas en fin en sí mismas”*. Jesús nos dice que debemos elegir: o la esclavitud respecto al dinero, o el servicio a Dios. Por eso, nos invita a tener una actitud clara: ser inteligentes, ingeniosos, en el sentido del bien y, especialmente, en el sentido



de la caridad generosa. Ya sabemos lo que le pasó al rico Epulón por no compartir su riqueza con el pobre Lázaro (cf. Lc 16, 19-31). Debemos encontrar soluciones para ayudar a la gente necesitada, a esos emigrantes, a esos pobres que duermen debajo de un puente, a quienes no tienen un mendrugo de pan para llevarse a la boca. No debemos vivir con una actitud de parálisis que nos impida hacer algo por esa gente; debemos mostrarnos emprendedores. ¿Cómo sacó adelante el padre Pío la “Casa para el Alivio al sufrimiento”, cuando en su bolsillo tenía unas cuantas liras? ¿Cómo construyó san Alberto Hurtado la casa “El Hogar de Cristo”? ¿Qué no hizo santa Madre Teresa de Calcuta o santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars por los ancianos, o santa Soledad Torres Acosta por los enfermos? La Iglesia no cesa de emprender iniciativas para ayudar a las personas necesitadas: Cáritas, Vicentinos... Y esto facilita las cosas para los cristianos: cada uno puede colaborar con las iniciativas emprendidas ya por la Iglesia, para crecer en esa virtud de la generosidad, en vez de dejarse contagiar por el egoísmo y la ambición en el uso del dinero.

Finalmente, ahora toca el turno a nuestra conciencia y a nuestros bolsillos. ¿Cuánto hay contante y sonante en nuestra cartera? El profeta Amos en la 1ª lectura ya critica duramente a esos ricos explotadores que esquilman al pobre y pisotean la piedad, la justicia y la verdad. Fiel a su programa, el profeta estigmatiza las trampas de los comerciantes insaciables, las cuales consistían en achicar la medida y usar balanzas falsas. Así se enriquecían y por medio del dinero injustamente adquirido, oprimían al pobre. Las trampas y la corrupción de aquella época no son muy diferentes de las actuales. Pero Dios considera como hechas a Él mismo estas injusticias: “*el Señor no olvidará jamás vuestras acciones*”. Sabemos que no siempre el dinero es injusto, pero sí peligroso. A los aprovechados de entonces y a los de ahora les gustaría que Dios no se metiese en estas cosas, y que la Iglesia tampoco tocara este tema. Pero

la Palabra de Dios es clara, viva y tajante en este campo del dinero y la explotación, como vemos en Amós. Y san Pablo en la 2ª lectura nos abre la perspectiva de la generosidad, no tanto en el sentido material –dar dinero–, sino en el sentido espiritual: rezar por los grandes y ricos de la tierra, para que todos llevemos una vida digna, piadosa y honesta. Este consejo espiritual de san Pablo lo ponemos en práctica en la oración de los fieles cada domingo. Ahora nos toca vaciar nuestros bolsillos para dar una sonrisa al pobre. Firmemos un cheque para ayudar a una obra de caridad y de promoción humana.

Para reflexionar: ¿Me tendrá Dios que echar en cara lo que Amós a los corruptos de su tiempo? ¿Tengo la conciencia tranquila en el uso o abuso del dinero, adquirido incluso con mañas, con sangre y con mentiras? ¿El dinero me obstaculiza en el crecimiento de mi fe y amor? ¿Soy también inteligente para las cosas del espíritu.

Para rezar: *Señor, dame la gracia de usar el dinero, ganado con honestidad, para vivir con dignidad, sacar adelante a mi familia, dar una educación de calidad a mis hijos, y para ayudar a los más necesitados. Líbrame de la avaricia y la tacañería. Tú nos diste todo. Es más, te diste totalmente. Nada te reservaste. Que imite tu ejemplo y eso me basta. Lo que estoy dando aquí es lo que recibiré en el cielo. Y lo que me reservo aquí, se queda aquí. Amén.*



VIGÉSIMO SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Amós 6, 1a. 4-7; 1 Tm 6, 11-16; Lc 16, 19-31

Idea principal: ¿Qué piensa Cristo de la pobreza y de la riqueza?

Síntesis del mensaje: el domingo pasado vimos qué hacer con el dinero. Hoy Jesús vuelve a ponernos el ejemplo del rico epulón y el pobre Lázaro para invitarnos una vez más a saber usar las riquezas –medios- para alcanzar la eternidad dichosa –fin- mediante la caridad misericordiosa con el necesitado. Amós (1ª lectura) sigue azotando a los que viven a sus anchas, de placer en placer, olvidados de Dios y del prójimo. San Pablo nos exhorta a vivir esas virtudes propias de un seguidor de Cristo: la justicia, la religión, la fe, la paciencia y el amor (2ª lectura). Menos mal que Dios es fiel y hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos (Salmo).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, miremos al rico epulón. Epulón, sí, que en latín se traduciría “tragón sibarita”. ¡Ni nombre tenía! Lucas lo describe con estas tres pinceladas: era rico –suponemos que consiguió las riquezas justamente-, se vestía con las mejores telas de la India, diríamos hoy; y banqueteara cada día, es decir, manteles largos con tres copas finas, marca Riedel austríaca, en la jerga de hoy. Lógicamente así ni cuenta se daba de que a la puerta de su casa yacía un pobre hombre con la mano extendida, con la boca seca, famélico, con los ojos tristes repletos de legañas y con el cuerpo cubierto de llagas y

gusanos. En el presupuesto del rico no entraba Dios ni el prójimo. Sólo él, declinado en todos los casos: yo, de mí, para mí...mis cosas, mi comida y mis vestidos. Eso en vida. Ciertamente este rico no ha maltratado al pobre, ni le ha golpeado; simplemente ha estado ciego ante la necesidad de su hermano, no se ha querido enterar de que existía, por su ceguera egoísta. Pero nada puede durar eternamente. Y murió. ¿Desenlace? Al infierno –que existe, claro que sí-, no por ser rico, sino por no compartir su riqueza con los pobres. Sus riquezas no le sirvieron de pasaporte para la otra vida. Infierno eterno. Pena y castigo eternos, sin arrepentimiento y sin vuelta atrás. Ah, si hubiera compartido algunas migajas con el pobre, otro hubiera sido su destino, que él mismo se labró, que no Dios. Dios sólo da el veredicto final en el día del juicio, donde seremos juzgados del amor, nos dirá san Juan de la Cruz. Este rico hizo de las riquezas su fin y a ellas se apegó, y quedó deshumanizado y sin alma. No pudo llevarse al otro mundo sus riquezas. Antes que Lucas, ya el profeta Amós había gritado contra este tipo de... ¿hombres?

En segundo lugar, ahora miremos a ese pobre Lázaro. Con nombre concreto que significa “Dios ayuda” en hebreo. Prototipo de la miseria humana. Pero confiado en Dios. Su desgracia viene así descrita por Lucas: mendigo echado en el suelo, cubierto de llagas y hambriento al menos de las migajas que caían de la mesa del rico. También



el murió. ¿Desenlace? Fue llevado al cielo – que también existe-. No por ser pobre, sino por haber confiado en Dios y no haber ofendido, ni protestado ni robado al rico. ¡Cuántos Lázaros hay hoy en nuestro mundo, en nuestra ciudad, en nuestro barrio! Dicen nuestros obispos de Latinoamérica en la IV Conferencia del CELAM en Santo Domingo: “Descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor (cf. Mt 25, 31 -46) es algo que desafía a todos los cristianos a una profunda conversión personal y eclesial. En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de injusticias sociales; los rostros desilusionados por los políticos, que prometen pero no cumplen; los rostros humillados a causa de su propia cultura, que no es respetada y es incluso despreciada; los rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; los rostros angustiados de los menores abandonados que caminan por nuestras calles y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y postergadas; los rostros cansados de los migrantes, que no encuentran digna acogida; los rostros envejecidos por el tiempo y el trabajo de los que no tienen lo mínimo para sobrevivir dignamente (cf. CELAM, «Documento de trabajo», 163). El amor misericordioso es también volverse a los que se encuentran en carencia espiritual, moral, social y cultural” (Santo Domingo, Conclusiones 178). Y más adelante: “El creciente empobrecimiento en el que están sumidos millones de hermanos nuestros hasta llegar a intolerables extremos de miseria es el más devastador y humillante flagelo que vive América Latina y el Caribe. Así lo denunciaremos tanto en Medellín como en Puebla y hoy volvemos a hacerlo con preocupación y angustia. Las estadísticas muestran con elocuencia que en la última década las situaciones de pobreza han crecido tanto en números absolutos como en relativos. A nosotros los pastores nos conmueve hasta las entrañas el ver continuamente la multitud de hombres y mujeres, niños y jóvenes y ancianos que sufren el insoportable peso

de la miseria así como diversas formas de exclusión social, étnica y cultural; son personas humanas concretas e irrepetibles, que ven sus horizontes cada vez más cerrados y su dignidad desconocida”. ¿No es para llorar y hacer algo? Y el documento de Aparecida nos dice: “Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres... a la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos” (n. 398)

Finalmente, ¿en cuál de los dos personajes me reflejo? “¡En ninguno!”. ¡No puede ser! Hoy tenemos que hacer un serio examen de conciencia y ver cuál de los dos habita en mi interior, a cuál de los dos estoy alimentando y cuál de los dos quiero ser. Seremos ese rico epulón si sólo pensamos en nosotros y nada hacemos para solucionar las diversas pobreza de nuestros hermanos. No debemos dejar que se establezca una separación entre nosotros y los pobres, nuestros hermanos que sufren y carecen de los medios necesarios para vivir. Debemos salir positivamente a su encuentro, cuidar de ellos, preocuparnos por su bien, como tantas veces nos ha repetido el papa Francisco. Que conste que este reclamo no es nuevo en la Iglesia. La Iglesia siempre ha tenido esta preocupación desde que fue fundada, y siempre ha impulsado a los hombres a que socorran a los más necesitados. Hoy, hay organizaciones como Cáritas, que intentan salir al encuentro de las necesidades de los pobres, de los refugiados, de los sin techo, sin pan, sin tierra. ¡Cuántos misioneros y misioneras dejan sus países y se van a países lejanos para llevar no sólo el pan de la Palabra sino también el pan material, las medicinas y ropa a hermanos que apenas tienen nada! Pero cuántos hay que cierran los ojos y se sientan en la mesa de este rico epulón sibarita, con peligro –sepámoslo- de su salvación eterna.



REGRESAR al
Índice

Para reflexionar: ¿Tengo la conciencia de que mis bienes, no sólo económicos, sino también culturales y religiosos, los debo compartir con los demás? ¿Estoy encerrado en mi egoísmo, olvidando a los demás, sobre todo a los pobres, que me resultan “incómodos”? ¿Estoy apegado a las cosas materiales, embotado por lo secundario y descuidando lo principal? ¿Me extraña que Jesús dijera que es tan difícil que se salve un rico lleno de sus cosas como que un camello pase por el ojo de una aguja?

Para rezar: *Señor, ayúdame a poner en su lugar la riqueza. Abre mis ojos a las necesidades de tanto Lázaros. Y que sepa compartir lo poco o lo mucho que tengo para aliviar un poco el sufrimiento de esos mis hermanos, a ejemplo tuyo y de tantos santos. Amén.*



VIGÉSIMO SÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4; 2Tm 1, 1-8. 13-14;
Lc 17, 5-10

Idea principal: Si tuviéramos *fe*, otro “gallo cantaría” en nuestra vida. El gran tesoro de la *fe*.

Síntesis del mensaje: la *fe* es un valioso don de Dios. La *fe* nos da a nosotros una correcta concepción del mundo, nos muestra el objetivo de la vida, nos reconforta en los momentos difíciles, alegra nuestro corazón, da fuerza a nuestra oración y nos abre la entrada a las infinitas misericordias de Dios. El salmo ha tomado partido por esta confianza en Dios, y ya ve la ayuda divina en la vida de su pueblo.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Dios nos prueba en la *fe*, como probó al profeta Habacuc (1ª lectura). Habacuc es un profeta poco conocido. Este profeta en la lectura de hoy protesta ante Dios: “¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?”. Está desesperado, abrumado, cansado de tanta injusticia y violencias, desgracias y catástrofes y guerras –comienzo del imperio de los babilonios, terror de los israelitas-. ¿Por qué Dios consiente esto? La respuesta de Dios es que él debe conservar su *fe* y esperanza en la promesa de Dios de tiempos mejores. La Iglesia y los cristianos de hoy podemos fácilmente reconocernos en esta experiencia profética: “¿Por qué, Señor, tantos han dejado de ir a misa, no se confiesan? ¿Por qué iglesias casi vacías? ¿Por qué persiguen los musulmanes o budistas a tus cristianos? ¿Por qué tantas ideologías nefastas nos atacan

y gritan enarbolando sus derechos que atentan contra la razón y la naturaleza? ¿Por qué tantos jefes políticos promotores descarados del crimen del aborto y la ideología de género? ¿Por qué el terrorismo internacional? ¿Por qué tan pocas vocaciones y seminarios medio vacíos? ¿Por qué las familias tan inestables? ¿Por qué muchos tan pobres y otros tan ricos?”. Dios nos prueba la *fe*. Quiere que nuestra *fe* no sea una *fe* prendida de alfileres, inmadura e infantil, sino robusta, firme, maciza. “El justo vivirá por su *fe*” (1ª lectura).

En segundo lugar, la *fe* tiene que demostrarse con valentía, energía y repartirla como un tesoro (2ª lectura). Así le dice san Pablo a Timoteo. Así lo hizo san Esteban, el primer mártir, y san Ignacio de Antioquía, que condenado a morir devorado por las fieras, fue trasladado a Roma y allí recibió la corona de su glorioso martirio el año 107, en tiempos del emperador Trajano, después de haber escrito unas impresionantes cartas durante el trayecto a Roma: “*Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro*”. ¡Qué *fe* tan firme, fuerte, segura, entregada como tesoro a toda la Iglesia! Y el famoso cardenal croata, ya beato, Stepinac (1898-1960), acusado de ser colaborador nazi y sometido a un polémico juicio en el que se demostró su inocencia, pero con leyes creadas especialmente para este



proceso lo condenaron a 16 años de trabajo forzado. Su respuesta fue: *“Yo sé cual es mi deber. Con la Gracia Divina lo cumpliré hasta el final, sin odio contra nadie, pero también sin miedo a nadie”*. Eso es vivir la fe con valentía. Otro ejemplo: József Mindszenty (1892- 1975), cardenal primado de Hungría, defendiendo su fe frente al régimen comunista, fue detenido el 26 de diciembre de 1949 y sometido a un proceso judicial en febrero del año siguiente, proceso público que quiso demostrar que nada ni nadie podía oponerse a la voluntad del régimen comunista. Después de forzar declaraciones por medio de torturas y drogas, y luego de montar falsas pruebas contra él, la corte lo encontró culpable de traición y lo condenó a cadena perpetua. La fe por ser un tesoro es codiciado por los enemigos de Dios y de la Iglesia. Duros son los trabajos del evangelio, le dice Pablo a Timoteo (2ª lectura). Por eso hay que reavivar el fuego de la gracia de Dios.

Finalmente, no tenemos otra opción que pedir a Cristo que nos aumente nuestra fe, como hicieron los apóstoles (evangelio). Con la fe somos capaces de arrancar de raíz cualquier árbol, de acallar tantas voces contra la Iglesia, animar al más deprimido. La fe nos ayuda valientemente a soportar el dolor. Basta leer a san Pablo: *“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, ¡entonces soy fuerte!”* Porque la fuerza de Dios se realiza en la debilidad” (2 Co 12, 10). La fe es la llave de los tesoros de Dios. La fe lleva al ser humano a un encuentro vivo con Dios en la oración atenta y de corazón. Durante esta oración el ser humano toca la poderosa fuerza divina y entonces según las palabras del Salvador, todo se hace posible para el creyente (cf. Mt 9, 23). Por eso: *“Todo lo que pidierais en oración con fe, lo recibiréis”*

y añadió: *“Si tuvierais fe como un grano de mostaza y le decís a un monte: muévete de aquí, para allá, y lo hará, y nada os será imposible”* (Mt 21, 22 y 17, 20). En otras palabras, incluso la más pequeña fe puede hacer milagros, si es íntegra y viva como una semilla. La fe actúa no por la fuerza de la imaginación ni por auto hipnosis, sino por medio de la unión del ser humano con el manantial de toda vida y fuerza, de la unión con Dios. La combinación de una fe fuerte con la humildad no es casualidad. El hombre que tiene una gran fe siente más que otro cualquiera la grandeza y el poder de Dios. Y entre más claramente él siente esto mejor reconoce su propia indigencia. Por eso grandes hombres de Dios como por ejemplo los profetas Moisés y Elías, los apóstoles Pedro y Pablo y otros como ellos siempre se distinguían por su gran humildad.

Para reflexionar: ¿Cómo es mi fe: fuerte, madura, firme, maciza, luminosa o débil, apagada, infantil y opaca? ¿Con qué alimento mi fe? ¿Transmito mi fe con valentía? ¿En qué campos me ayuda la fe?

Para rezar: Señor, danos la fe de María, que aceptó el plan de Dios en su vida, aunque después tuvo que caminar en el claroscuro de la fe, sin entender tantas cosas. Danos la fe de Abrahán, que obedeció y se puso en camino sin saber a dónde le llevaba Dios.



VIGÉSIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: 2 Re 5, 14-17; 2 Tim 2, 8-13; Lc 17, 11-19

Idea principal: La *gratitud* es virtud que abre el corazón de Dios y de los hombres.

Síntesis del mensaje: Hoy la síntesis del mensaje de este domingo me la ofrece don Miguel de Cervantes en su famosa obra “*El Quijote*”: “Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico” (II parte, capítulo 58).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos a los leprosos del evangelio de hoy. Le saltaron al camino que Jesús llevaba de Samaría a Jerusalén y le vocearon desde los 50 metros reglamentarios que debían separar siempre al leproso de los sanos. Jesús curó a los diez y se lo agradeció uno. Si por cada diez agraciados hay un agradecido, por cada cien agraciados, echemos la cuenta. Sólo el 10% de los hombres y mujeres es agradecido. ¡Es una pena! O mejor, un pecado, que lastima a Cristo; de ahí su queja: “¿No fueron diez los curados? ¿Dónde están los otros nueve?”. Los ingratos, los nueve ingratos del evangelio, tal vez son judíos: los que iban

por la vida de orgullosos de remate porque eran los preferidos de Dios, los elegidos en exclusiva para la salvación, los creídos con derecho a todo. ¿Darle las gracias a Jesús? Que se las dé el cismático, pagano y desgraciado del samaritano, que es lo que tiene que hacer. En la *primera lectura*, Naamán agradece a Eliseo el don de la curación. Curación de cuerpo y alma, pues desde ese momento Naamán no volvió a servir a otros dioses. El *salmo* también nos invita a ser agradecidos con Dios por su gran misericordia y fidelidad. Y san Pablo en la *segunda lectura* le dice a Timoteo que haga memoria de cuanto ha hecho Cristo por nosotros. Sólo así incentivaremos la gratitud.

En segundo lugar, la *gratitud* es virtud rara y sólo se da en almas nobles. Es de bien nacidos, el ser agradecidos. Por eso, de pequeños, nuestros papás nos decían: “¿cómo se dice, hijito?”, cuando alguien nos daba algo. “*Gracias*” —respondíamos. ¿Qué es la gratitud? La gratitud es ese fino sentimiento, que mueve a valorar el bien recibido y a corresponder con otro, al menos con el deseo, siquiera con la publicación del bien y de la persona que me lo hizo. Para Don Quijote, español si alguno y cristiano de ley, la ingratitud es el pecado mayor del hombre, para Jesús la queja íntima de Dios, para el hombre la piedra del tropezón diario y para mí un misterio bochornoso. El ser humano es un puro beneficio de Dios de pies a cabeza y del seno materno al ataúd de



madera, pero no lo reconoce. El ser humano, suyo, lo que se dice suyo, no tiene más que el pecado, el de ingratitud, primero, pero Dios no puede convertirlo porque no se deja. La gratitud es directamente proporcional a la elegancia de espíritu e inversamente proporcional al favor recibido. O sea, que a grandes beneficios, grandes ingratitudes. Eso es chapuza de espíritu, vileza de corazón, orgullo sin nombre. Por eso, el pobre es más agradecido que el rico, el sencillo más que el grande y el débil más que el poderoso.

Finalmente, ¿qué tenemos que agradecer a Dios? El don de la creación y la vida. El don de la redención y de la fe. El don del Espíritu Santo. El don de la Virgen Santísima. El don de la Iglesia y los sacramentos. El don de nuestra familia. El don de nuestra patria y del trabajo. Las cualidades que tenemos en el orden físico, intelectual, profesional. Agradecer el sol que nos alumbra y calienta. La luna y las estrellas que nos cobijan en la noche. El rocío de las mañanas. Y también el hielo o la nieve. Agradecer la salud, y también la enfermedad. Por eso, para el cristiano, el deber de la gratitud es claro e indeclinable. Le es impuesto por la Palabra de Dios. El apóstol Pablo exhortaba a los Efesios a vivir gozosamente «dando siempre gracias por todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5, 19-20). A los Tesalonicenses les instaba a «dar gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Ts 5, 18). Y a los Colosenses les recuerda, entre otros, ese mismo deber: «Y sed agradecidos» (Col 3, 15). La ausencia de gratitud no sólo afea nuestro carácter. Revela la negrura de la mente y el corazón humanos cuando hace oídos sordos a la revelación natural. Pablo traza atinadamente el perfil de los paganos de su tiempo diciendo que, «habiendo conocido a Dios (vv 19, 20), *no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias*» (Rm 1, 19-21). *La Iglesia desde el inicio ha sido consciente de la gratitud para con Dios.* Por eso llamó a la santa Misa, Eucaristía, es decir, acción de gracias, porque Jesús empezó

la Última Cena –donde instituyó la Eucaristía– dando gracias a Dios, antes de partir el pan y de presentar el cáliz.

Para reflexionar: ¿Soy ingrato o agradecido? ¿Por qué tengo que ser agradecido? ¿Qué tengo que hacer para mejorar la virtud de la gratitud? ¿Vivo cada misa para agradecer a Dios todos sus beneficios? ¿Agradezco al acostarme todas las gracias que Dios me ha dado durante el día? ¿Y al levantarme comienzo con un: “*gracias*”, mi Dios, por el nuevo día?

Para rezar: Recemos con el salmo 103, 1-2

*Bendice, alma mía, al Señor,
Y bendiga todo mi ser su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
Y no olvides ninguno de sus beneficios.*